

ERIC WALZ

EL PAPA
NEGRO

algaida
INTER

Título original: *Der schwarze Papst*
Este libro fue negociado a través de Ute Körner
Literary Agent, S.L., Barcelona
www.uklitag.com

Primera edición: 2011

Der schwarze Papst by Eric Walz, 2009
© 2009 by Blanvalet Verlag, a division of Verlagsgruppe Random House GmbH,
München, Germany
www.randomhouse.de
© de la traducción: Patricia Losa Pedrero, 2011
© de esta edición: Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-687-4
Depósito legal: M-31.127-2011
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo 11

PRIMER DÍA

1 15

2 45

3 73

4 105

5 125

SEGUNDO DÍA

6 143

7 168

8 193

9 208

10 229

11 240

12 258

13 276

ÍNDICE

TERCER DÍA	
14	299
15	322
16	341
17	365
18	381
19	401
ÚLTIMO DÍA	
20	407
21	423
22	436
23	446
24	465
25	468
Epílogo.....	477
Epílogo del autor.....	479
Relación de personajes.....	483

*Para M.
Por los buenos tiempos*

PRÓLOGO

Roma, 16 de junio de 1552

LA HIERBA CRECÍA A POCOS PASOS DE LA RIBERA DEL TÍBER, EN un punto concreto fuera de la ciudad. Un poderoso sauce llorón le proporcionaba sombra y, con el alba, llegaba hasta ella el aire del río que cubría de humedad toda la orilla. La que al principio había sido una planta solitaria, arrastrada por el viento o transportada por la corriente hasta acabar por la mano de Dios o del diablo en medio de un paisaje casi bíblico, se había multiplicado y se encontraba ya rodeada de un pequeño séquito de brotes nuevos. En torno al sauce y la hierba se extendía un mar de guijarros que relucía bajo el sol.

Ni un solo pájaro cantaba, ni un grillo repetía su cantinela. Incluso el Tíber, que nacía en la cordillera de los Apeninos y serpenteaba a través de las venerables tierras etruscas hasta atravesar Roma y, convertido en ocasiones en desatada fuerza de la naturaleza, llegaba a amedrentar la ciudad, incluso aquella corriente parecía allí, en su última etapa antes de llegar al mar, inerte y sin vida.

En realidad, esta planta, de nombre menta poleo, adoraba la compañía de vegetación exuberante y de charcas como las que existían en gran número río arriba, por lo que había

sobrevivido a duras penas en aquel desierto. Sin embargo, ahora, crecía resistente y mostraba sus flores de un lila pálido, con una toxicidad latente en la esencia que de ellas se extraía, casi a propósito del paisaje en el que se encontraba: el paisaje de una eterna agonía.

Aquella mañana, la planta y toda su familia circundante encontró un brusco final. Su vida concluyó en un mortero para, con su ayuda, acabar con la de un ser humano.

PRIMER DÍA

1

Roma, 17 de junio de 1552

LA OSTENTOSA EMBARCACIÓN DEL PAPA DESAFIABA LAS LEYES de la naturaleza. Doce caballos en la ribera izquierda y otros doce en la derecha arrastraban la barcaza por el Tíber a través de Roma: dos docenas de apóstoles animales que hacían que el vicario de Cristo se deslizara reposadamente sobre las aguas. Julio III estaba sentado bajo un baldaquino e iba emitiendo suspiros de satisfacción, uno tras otro, mientras contemplaba su ciudad y disfrutaba de la ligera brisa y el vino frío. En la proa, un muchacho, bañado por la luz del sol y por su propio sudor, cantaba pastorales. Así era un almuerzo estupendo a ojos del pontífice.

Sandro Carissimi permanecía en pie tras su sillón, la ubicación típica de un secretario personal. Al igual que el papa, dejaba vagar la mirada por la ribera, contemplando cómo las lavanderas, de espaldas ya de por sí curvadas, se inclinaban a su paso; cómo los jóvenes pescadores se descubrían la cabeza, cómo los niños detenían sus juegos y los soldados saludaban desde los puentes. A primera vista, parecía que solo las más silvestres de las criaturas se negaban a presentar sus respetos al señor de la ciudad y regente espiritual del mundo, obcecándo-

se en su ruidosa actividad: las gaviotas en sus chillidos, las ranas en su croar, los insectos en sus zumbidos...

—¡Ay! —exclamó Julio mientras se abofeteaba la nuca—. ¡Malditos bichos! —refunfuñó, y siguió bebiendo.

Sin embargo, el respeto de aquellas otras criaturas un poco más civilizadas, los romanos, solo era aparente. Sandro lo sabía, pues había mantenido una estrecha relación con aquella ciudad los veintiocho años de su vida. El papa, por su parte, y a pesar de que le doblaba la edad y aun más, no se percataba de nada.

Sandró sopesó lo inquietante de aquella facilidad carente de remordimiento con que la gente lograba ignorar lo que no deseaba ver. En aquel caso concreto, la absoluta falta de admiración pintada en los vacíos ojos de las lavanderas, la ira que emanaban las manos como zarpas de los pescadores, con las gorras aún aferradas, y las risillas infantiles ocultas tras la mano, pues para ellos aquel que ocupaba el escalafón más alto en la jerarquía eclesiástica representaba únicamente un alegre festival de lujo y derroche. A su edad, el despilfarro en parafernalia inútil todavía resultaba divertido. Los adultos y los ancianos, por el contrario, tenían en poca estima a aquel bajo cuyo mandato padecían penurias, a aquel que al parecer carecía de dinero para la ciudad y sus moradores, aun cuando la pobreza se extendía y la miseria prosperaba.

Julio no sabía nada, o más bien no quería saber nada de todo aquello. Durante los últimos meses, Sandro había intentado reiteradamente hacer al papa más sensible a las necesidades de los ciudadanos, llegando ocasionalmente a hacer mella en él, pero posteriormente Massa había minado todos sus esfuerzos.

El hermano Laurenzio Massa, el ayuda de cámara y, como tal, principal sirviente del papa, se encontraba junto a Sandro

con las manos posadas sobre su redondeado vientre, como era su costumbre. Era un hombre astuto que conocía muy bien la necesidad del pueblo romano, pero que no albergaba el más mínimo interés por él. Massa era un animal político. Pensaba siguiendo estrategias, planificando alianzas que lo ayudaran a medrar y Sandro estaba convencido de que, en lugar de sus oraciones, cada noche antes de dormir y cada mañana al levantarse Massa recitaba los nombres de sus posibles colaboradores. En lo referente al suyo, al de Sandro, se encontraría sin duda en otra lista bajo el título «Mis enemigos». Con razón, pues Sandro no podía soportar a Massa, se había enzarzado con él en numerosas ocasiones y, para mayor tensión aunque sin intención por su parte, el joven se había ganado la confianza del santo padre. Primero, había desentrañado la misteriosa serie de asesinatos de obispos durante el concilio de Trento; después, había resuelto el asesinato de la amante del papa, tras lo cual su nombre había comenzado a susurrarse con frecuencia por los pasillos y salas del Vaticano. Muchos lo adulaban, otros se habían declarado sus enemigos, pero ni con unos ni con otros quería él tener ninguna relación. En contra de su voluntad, se encontraba precisamente en donde nunca había querido estar: en medio del nido de serpientes de la colina de san Pedro, protegido únicamente por el ducentésimo vigésimo sucesor del primer papa.

—Sandro —dijo Julio, volviéndose hacia el joven mientras apoyaba en el sillón su pesado cuerpo—, ¿a qué viene esa cara? Pareces un amargado como Massa.

A Sandro no le gustó en lo más mínimo que lo compararan con Massa, por lo que adoptó una expresión algo más amistosa.

—Es el calor, santidad.

—Tonterías. Conozco tus expresiones y sé la que utilizas cuando estás acalorado. La de hoy es más bien tu cara de «algo

no va bien». ¿Qué es lo que no te gusta? Hace un día maravilloso, brilla el sol, la brisa nos acaricia el rostro, el vino nos refresca... ¿No has probado el vino todavía? No tienes ni que pedirlo, Sandro. Al menos tú no.

Julio hizo una señal a un lacayo para que llenara una copa.

Sandro hubiera querido rechazar el vino. Hacía meses que intentaba dejarlo pero, ¿cómo conseguirlo si Julio estaba permanentemente colocándole en las manos una copa llena y no aceptaba un no por respuesta? Y el vino era solo un símbolo de todo aquello a lo que el papa le arrastraba más y más: a la política apostólica, al lujo, a pensar en una carrera en la que la caridad jugaba un papel cada vez más pequeño, hasta que en algún momento terminara por eliminarla. El exceso de trabajo no había tardado en impedirle acudir al hospital de su orden, los jesuitas, para cuidar a los pobres y a los enfermos como se había propuesto hacer. Ya ni siquiera tenía tiempo de proponerse ningún objetivo. Lo único que hacía era beber vino frío y pensar en la mujer a la que amaba y que quería para él: era la encarnación de un favorito del papa, tanto si le gustaba como si no.

—¡Ah! Ya sé lo que te preocupa —exclamó Julio—. Que estoy dejando que el muchacho que canta en la borda se esté asando al sol, ¿verdad? Sí, así es mi Sandro. Adelante, pues.

Julio dio dos palmadas y le indicó al chico que se acercara.

—Tu canto ha sido muy hermoso, hijo, muy hermoso. Tienes una voz formidable. ¿Quieres convertirte en músico eclesiástico?

El joven agitó la cabeza.

—En papa.

Julio y Sandro rompieron a reír e incluso Massa torció brevemente el rostro en una fina sonrisa.

—Al menos eres sincero —repuso Julio—. Un papa que cantara tan bien como tú sería algo inaudito. Cuando alzo la hostia y elevo mi voz hacia Dios, lo único que sale es un mísero graznido.

Massa iba a decir algo, pero Julio levantó la mano y le pidió que guardara silencio.

—Ahórrame tus cumplidos, Massa. Ya sé que desafino. El vino me ha estropeado la voz —Julio adoptó un repentino aire meditabundo, hasta que reparó de nuevo en la presencia del muchacho—. He dejado que permanecieras demasiado rato al sol. ¿Me lo has tomado a mal?

—Ya no —respondió el chico.

Julio sonrió.

—Sandro, dale a este joven un óbolo según tu criterio. Como conozco tu criterio, sé que será generoso, pero déjame un par de denarios al menos, ¿me has oído? Mis arcas no están tan llenas como la gente cree.

Sandro premió ampliamente al muchacho, le señaló una silla a la sombra y regresó a su lugar. Se sentía un poco mejor, no sólo porque el chico pudiera descansar, sino también porque Julio había actuado por iniciativa propia e incluso se había disculpado indirectamente. Entre el hedonismo y la ignorancia, que Julio demostraba a raudales, y sus innumerables pecados, de los que Sandro apenas conocía un par de ellos, de vez en cuando brillaba el carácter que el pontífice había poseído en su juventud, antes de iniciar su carrera religiosa. Julio se había mostrado capaz de reconocer sus errores y debilidades, lo que constituía el antecedente y primer paso para cambiar su modo de ser.

La barca, que había partido hacía dos horas del barrio Ostiense, fuera de los muros de la ciudad, se aproximaba a su destino en el castillo de Sant'Angelo. La excursión llegaba a su fin

y Sandro se alegró de tener la tarde libre. Tenía muchas cosas que hacer. Sin embargo, su alegría duró poco.

Cuanto más se aproximaban a la orilla en la que les esperaba la delegación que debía acompañar al papa al Vaticano, más claramente pudo Sandro reconocer a uno de los miembros de la comitiva. Su mirada se oscureció. Sería... Acaso no se parecía ese hombre a... No era posible.

Pero lo era. Luis, Luis de Soto. Era él.

Los dos jesuitas en sus negros hábitos parecían dos mirlos mirándose fijamente. Luis no había cambiado nada en los nueve meses que había pasado sin verlo, desde el concilio de Trento: el rostro magro, la sonrisa arrogante... La misma soberbia de siempre, con la diferencia de que ahora Sandro ya le conocía. Antaño había idolatrado a Luis, el dotado maestro en retórica. Costaba creer que hacía apenas un año hubiera servido como ayudante de aquel arribista capaz de pasar por encima de cualquiera. Lo sucedido en Trento, no obstante, le había abierto los ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Sandro en cuanto abandonó la pasarela.

—¿Es esa la forma adecuada de saludar a tu antiguo maestro?

—No me enseñaste nada, aparte de a tener más cuidado con quién elijo como objeto de mi admiración.

—La gratitud no es precisamente tu característica más sobresaliente, Sandro Carissimi. Fue por mi intercesión que te nombraron visitador y te encomendaron la resolución de esos crímenes, ¿o ya lo has olvidado? Y tras ese puesto, te ganaste la confianza del santo padre y ascendiste hasta convertirte en su secretario particular. Así que como puedes ver, querido Sandro, tengo mucho más que ver con tu carrera de lo que quieres admitir.

—No me llames «querido Sandro». Aquellos días terminaron definitivamente.

—Tus velados ataques me causan una gran tristeza.

—Bien, entonces puedo intentarlo con ataques más directos para que tu tristeza se convierta en furia. Eres un...

En ese momento, Luis se inclinó y Sandro se contuvo, pues Julio III se aproximaba a través de la pasarela. Luis besó el anillo del pescador.

—Me alegro de ver en buen estado a vuestra santidad.

—Os creo, de Soto, os creo, puesto que el que yo viva os supone una ventaja —Julio se volvió hacia Sandro—. Le he pedido al general de tu orden, Ignacio de Loyola, que tenga en consideración a de Soto como candidato al puesto de director en el Collegium Germanicum que se inaugura esta tarde en la *via dell'Umiltà*. Sin duda habrás oído algo al respecto.

Sandro asintió.

—Del nuevo colegio jesuita, sí; de Luis de Soto como director, no.

—«Posible» director —le corrigió Julio—. Mi apreciadísimo Ignacio se ha reservado, en esa forma de actuar suya tan particular e inimitable, la decisión definitiva. A propósito, de Soto, ¿se ha hecho ya pública esa decisión?

—Todavía no, vuestra santidad. Sin embargo, soy el único adecuado para ese puesto.

Julio asintió.

—No seríais Luis de Soto si no estuvierais convencido de ello y además no lo propagarais a los cuatro vientos —Julio dio un par de pasos y se volvió—. Sandro, te espero mañana por la mañana para trabajar. Y vos, de Soto, acompañadme hasta el Vaticano.

Con esas palabras, el papa ascendió hasta la litera ya dispuesta y Sandro tuvo que contemplar cómo Luis, la persona

que más odiaba en el mundo, se unía a su patrocinador. Mientras observaba la litera, se preguntó por qué se enfadaba tanto. Luis era un capítulo cerrado de su vida y no tenía nada que temer de él. Al papa no le gustaba particularmente, pero tenía demasiados intereses políticos como para no aprovechar sus habilidades, igual que ya lo hizo entonces, cuando Luis actuó como negociador de la Santa Sede en el concilio. ¿Qué tendría ahora Julio que hablar con él?

Lo único irritante de todo aquello era que la gente como Luis siempre consiguiera convertirse en elementos importantes, cuando no indispensables. En los últimos meses había logrado consolidar aun más su posición en la jerarquía de la orden. El que Luis accediera al puesto de director de una de las escuelas más importantes de los jesuitas lo señalaban prácticamente como apto para alcanzar el puesto más elevado de la orden, el del padre general. Solo de pensar en ello, a Sandro le asaltaron las náuseas.

Una voz joven surgió a su espalda.

—Disculpadme, reverendo padre.

Sandro se volvió hacia un jesuita de apenas veinte años. Parecía tímido, pero tenía unos ojos despiertos bajo cejas gruesas. La niñez aún no se había difuminado del todo en él, lo que se hacía más patente en el acné que despuntaba en sus mejillas y frente. Su tez morena lo delataba como español o portugués. Puesto que aún era muy joven para haber recibido las órdenes sacerdotales, se dirigía a Sandro con la muy correcta denominación de «padre».

—Me llamo Miguel Rodrigues —explicó el joven— y Luis de Soto es mi mentor.

Sandro no tardó en mostrar su antipatía por Luis a su asistente.

—Mis condolencias —dijo.

Miguel Rodrigues dio muestras de tolerar el chiste y sonrió.

—He oído hablar mucho de vos.

—Me lo puedo figurar.

—Oh, no del hermano de Soto, si es a lo que os referís. Lo cierto es que no habla jamás sobre vos, pero vuestros éxitos como visitador han llegado hasta Portugal, donde me encontraba al servicio de nuestra orden hasta hace pocos meses. Ahora me han nombrado maestro de historia de la Iglesia en el Collegium Germanicum.

—Disculpadme, hermano Rodrigues, tengo mucho que hacer hoy.

—Un momento, se lo ruego —le llamó Miguel Rodrigues, siguiéndole apresuradamente el paso.

Sandro refrenó muy ligeramente sus pasos.

—¿Qué ocurre ahora?

—Me han encargado, reverendo padre, que os invite a la inauguración del colegio que se celebrará esta tarde.

—En caso de que sea vuestro así llamado mentor el que me dirija esa amable invitación, podéis decirle de mi parte que se puede...

—No, no —le interrumpió Miguel antes de que Sandro tuviera que arrepentirse de la elección de vocabulario—. De ninguna manera, reverendo padre. Es el reverendo padre general el que os pide que acudáis.

Sandro se detuvo abruptamente. El resoplante Miguel, cuya constitución física resultaba evidentemente débil, le dirigió una mirada agradecida.

El padre general. El mismísimo Ignacio de Loyola en persona, el fundador de su orden al que, a escondidas, se le conocía como «el papa negro», requería su presencia. Por desgracia, en la orden jesuita la palabra «pedir» era un cortés eu-

femismo para «ordenar». Ignorar una petición de Loyola era prácticamente como exponerse a una expulsión de la orden.

—¿Cuándo tendrá lugar la inauguración? —preguntó Sandro, que veía desaparecer su tarde libre.

Debido a su trabajo, en las últimas semanas había tenido muy pocas ocasiones de ver a Antonia y ahora aquella celebración escolar le restaba aun más tiempo para su encuentro.

—A las seis tendrá lugar una misa en la capilla de la *via dell'Umiltà*, tras la cual se producirá la comida comunitaria —respondió Miguel—. El reverendo padre querría, después de todo eso, intercambiar algunas palabras con vos.

—¿Sobre qué?

Miguel Rodrigues se encogió de hombros.

—No sé más que eso, reverendo padre. Quizá encontréis la respuesta en la invitación escrita —repuso, tendiéndole a Sandro una carta en la que, no obstante, no se detallaba más que lo que Miguel Rodrigues le había relatado.

—Bien, estaré allí a las seis. Hasta entonces, hermano Rodrigues. Id con Dios.

—Con Dios, padre.

Miguel dudó un segundo, como si aún tuviera algo que decir que no hubiera logrado expresar antes de marchar. Así pues, fue Sandro quien tomó la decisión de alejarse y dirigirse hacia la *piazza* del Popolo, hacia Antonia. Sin embargo, allí le esperaba otro encuentro desagradable: el del amante de la mujer a la que amaba.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, sonriente, e intentado con fingidos esfuerzos librarse de su abrazo.

—¿A ti qué te parece? —dijo el hombre, besándola.

Era un beso ni indeciso ni enérgico, ni demasiado corto ni demasiado posesivo. Desde el punto de vista de la joven,

Milo besaba de forma extraordinaria, quizá mejor que ningún otro hombre con el que hubiera estado... Y no habían sido pocos. Sin embargo, ella sabía que su objetividad estaba comprometida puesto que se había enamorado de él, de la misma manera que en Trento se había enamorado de Sandro.

—Sandro —susurró.

Él lo oyó.

—¿Qué has dicho?

—Quería decir que Sandro podría aparecer en cualquier momento.

—¿Y qué?

—No debe pensar que nos dedicamos a estar aquí haciendo el amor salvajemente.

—Es un religioso y, como tal, no debe luchar contra la verdad —sin embargo, Milo respetaba sus deseos y, en consecuencia, la liberó de sus brazos—. Preferiría sacarte de Roma, Antonia, y llevarte a algún sitio donde no nos conociera nadie, ¿lo sabías? Secuestrarte como Paris hizo con Helena.

Ella le acarició con dulzura los cabellos muy cortos.

—Es una comparación espantosa. Paris era un mequetrefe que siempre necesitaba de alguna diosa que le guardara las espaldas, mientras que Helena era una bruja presuntuosa que hubiera puesto precio a la humanidad entera con tal de conseguir al bello Paris.

Milo suspiró.

—Ya ves, eso es lo que ocurre cuando un tonto *ragazzo* romano como yo conversa con una artista, con una pintora de vidrieras. Esa es la razón por la que prefiero hablar menos y dejar que mis actos se expresen por mí.

Antonia sonrió.

—En los últimos días hemos «actuado» de todas las formas pensables. Además, no siempre es necesario hablar. Tam-

bién guardamos silencio. Los hombres silenciosos me resultan increíblemente atractivos.

Se encontraban apenas a cinco pasos de distancia el uno del otro, ella apoyada en una pared, Milo en otra, entre ellos únicamente la habitación vacía, y se miraban, sonriendo, coqueteando, utilizando el lenguaje corporal para expresar anhelo, deseo o diversión. Dos pantomimos del amor. Aquello era lo maravilloso, lo fascinante de Milo: que tomaba parte en todos los juegos, en todas las locuras que a ella se le ocurrían, que aceptaba con un tacto asombroso todas las oscilaciones de su temperamento y casi siempre reaccionaba de la forma adecuada. Solo alguien que amara de verdad podía desarrollar semejante habilidad y tal pensamiento hizo que Antonia se sintiera presa de una repentina exaltación. Alguien la amaba.

De una forma viva, además. El amor de Sandro había sido, desde los primeros días en Trento, algo cerrado, preso, como quien encierra a una abuela demente y hace oídos sordos a sus gritos. Él nunca había llegado a conocer de verdad a Antonia y, durante mucho tiempo, la había mantenido apartada. Durante todo un invierno y una primavera Antonia había conservado la esperanza de que Sandro, al igual que la mayoría de los clérigos romanos, no se tomara demasiado en serio su voto de castidad e hiciera relucir al hermoso *gigoló* y rico hijo de comerciante que, por lo que ella sabía, había sido hasta hacía ocho años, antes de convertirse en jesuita. En vano. Entre ellos se produjo una escena espantosa y solo durante el transcurso de sus investigaciones conjuntas en torno a la muerte de la concubina del papa se habían vuelto a reconciliar. Sin embargo, para entonces, Milo había llegado ya a la vida de Antonia. Y ella se alegraba.

De pronto, Antonia se estremeció.